

con los fusiles sobre la cabeza y con agua hasta las espaldas.

Los soldados austriacos, que creen reconocer la formidable columna del puente de Lodi, se desaniman y, volviendo hacia el Tirol, no piensan más en poner obstáculo á los franceses para el paso del Mincio.

Beaulieu ensaya tenerse firme en las alturas entre Villafranca y Valeggio; pero, habiendo sabido que la división Augereau marchaba sobre Peschiera, comprendió que los franceses podían ocupar, antes que él, el valle del Adige, la meseta de Rivoli y cortarle la retirada por el Tirol. Retiróse sin dilación hacia la otra parte del Adige, del cual remontó la rivera derecha por Dolce, hasta Calliano.

En medio de este bello movimiento de tropas, el general en jefe estuvo á punto de caer prisionero en Valeggio, lo que hubiera terminado de una manera bien ridícula su carrera militar. Beaulieu, en su retirada, había dejado trece mil hombres en Mantua.

VIII

Reflexiones sobre el estado moral del ejército francés en Italia.—Venecia: sus costumbres sociales, su gobierno.—Masena entra en Verona el 3 de Junio de 1795.—El general Serrurier se encarga del bloqueo de Mantua.

Napoleón supo ver muy bien que en tanto Mantua no fuese tomada, podría decirse que los franceses habían recorrido, pero no conquistado Italia. Nada más fácil que perseguir los soldados de Beaulieu; estaban tan desmoralizados por la rapidez imprevista de sus derrotas, que un batallón francés atacó sin titubear y derrotó á tres batallones enemigos. Apesar de esta inmensa ventaja, que disminuiría por momentos si no se apresurase á aprovecharla, Napoleón no se sintió bastante fuerte para dirigirse rectamente al corazón de los estados austriacos, en tanto que los ejércitos del Rin se encontrasen detrás de este río.

Hoy, en 1837, los campesinos y el bajo pueblo de todos los países civilizados de Europa han llegado ya á comprender que la Revolución francesa tiende á hacerles propietarios, y es á Napoleón á quien deben esta educación. En 1796, estaban completamente entregados á manos de los curas y de los nobles, y muy dispuestos á irritarse profundamente de las vejaciones y pequeñas injusticias inseparables del estado de guerra. Un ejército francés de entonces veíase obligado á guardar con mucho cuidado sus retaguardias sino quería ver asesinar á sus enfermos y á sus rezagados. Esta clase de cuidados minuciosos impacientaba á Napoleón y debe confesarse que salía de ello bas-

tante mal parado. Hubiera habido necesidad de un buen jefe encargado de recorrer cuidadosamente las retaguardias y castigar con severidad á los asesinos.

Los campesinos y el bajo pueblo de Lombardia, donde los soldados franceses habían sido tan bien acogidos por la alta burguesía y por buena parte de la nobleza, acababan de demostrar en Pavía que tenían una opinión muy diferente con respecto á la de sus pretendidos libertadores. El rey de Cerdeña y los duques de Parma y de Módena, habían rendido sus armas, pero los informes de los espías no dejaban duda alguna de su vivo deseo de atacar á los franceses al más pequeño revés que éstos sufriesen. La corte de Roma, cuyos decretos de la Asamblea constituyente atacaban el poder, no procuraba ocultar en lo más mínimo su odio furibundo. Nápoles podía socorrerla y lo que era mucho más importante, los ingleses, dueños de Córcega, podían colocar seis mil hombres en *Civita-Vecchia* ó en Ancona, reunir veinte mil soldados italianos y marchar al socorro de Mantua ó á lo menos ocupar la rivera derecha del Pó.

Napoleón no tenía más que cuarente y cinco mil hombres; Mantua poseía una guarnición de doce mil austriacos; Beaulieu, reunido á los tirolenses, tenía treinta mil hombres en el valle del Adige, además de treinta mil soldados aguerridos que venían del Rhin, dirigiéndose ya á Inspruck.

Si en Venecia hubiera habido un sólo hombre de los que hubo á centenares en los años de 1500, en tiempo de la batalla de Aignadel, esta república se hubiera bastado para asegurar la superioridad de los austriacos y librar á Italia de los franceses. En cuanto á los motivos de guerra, los tenía más que sobrados; ¿no se habían apoderado los franceses de Peschiera y de Verona?

Pero después de la pérdida de Morea, abandonada á los turcos en 1500, los nobles de Venecia, no ejer-

citando ya más su energía, habían caído en una desidia completa. Venecia habíase vuelto el centro de los deleites de Europa. Las diversiones eran allí continuas, cuando París no era aún más que una grosera reunión de comerciantes y soldados, robándose los unos á los otros (1). Hasta á fines del reinado de Luís XIV, Venecia fué la ciudad de Europa más agradable de habitar. Los ciudadanos que no se ocupaban directamente de vituperar al gobierno, gozaban de mucha más libertad que los de París en 1715 y hasta en 1740. Nada existía allí que se pareciese á la bula *Unigenitus*, y los curas no podían hacer perseguir á nadie. La República había tenido el valor de dirigir contra la corte de Roma á un hombre de genio, *Fra Paolo Sarpi*, que en París hubiera sido encerrado en la Bastilla (2).

Cuando la irrupción del general Bonaparte vino á asustar á los pequeños príncipes de Italia, Venecia no contaba entonces más que con un sólo hombre de energía, el procurador Pesaro. Todos los senadores, todos los magistrados influentes, sentían odio y envidia por este hombre singular. Si esta aristocracia era, vista de lejos, la más amable, tratada á fondo era también quizás la más imbécil de todas las que se

(1) *Memorias de Bassompierre*. Cartas del cardenal Bembo y de Aretin.

(2) Se encontrarán mil pruebas de todo lo dicho en la *Historia de Venecia*, del conde Daru, y sobre todo en las *Memorias* de Goldoni, Casanova y G. Pietro Gozzi. Existe una obra admirable, digna de Plutarco, *Vida de Fra Paolo Sarpi*, teólogo de la República, escrita por su sucesor (un volumen in-12).

Los franceses están en general tan preocupados de sus maneras de proceder en todas las cosas que no llegan á comprender el sentido de las frases generales describiendo las costumbres de los otros pueblos. Sólo les queda el recurso de leer memorias particulares, como las de Pietro Gozzi, por ejemplo. En ellas, está todo explicado de una manera tan clara que no hay modo de equivocarse; es imposible confundir el modo de *ir en busca de la dicha* de cada día, en la Venecia de 1760, con nuestra vida de París de los tiempos de las *Memorias* de madama de Epinay.

encolerizaban contra la República francesa; y es que no podía como los pares ingleses, como la nobleza de Francia, obtener un hombre de mérito nacido en las clases bajas y concederle un puesto en su seno. Preguntad cómo se llamaban, á los veinte años, todos los pares de Inglaterra, que tuvieron energía contra Napoleón, y ved quien defiende la aristocracia de Francia.

El general francés, perfectamente servido por espías bien retribuidos, conocía toda la pusilanimidad del gobierno de Venecia, pero la prudencia le aconsejaba no contar demasiado en el error por parte de éste de una potencia muy fuerte contra su ejército. ¿No podía Inglaterra enviar á Venecia uno de sus generales distinguidos en la India?

Venecia tenía tres millones de vasallos y una renta de treinta millones de francos; y el miedo podía hacer que verificase un empréstito forzoso de una suma igual. Es verdad que no contaba más que con doce mil soldados, formando siete regimientos de infantería y seis de caballería, pero con el dinero hubiera podido obtener ocho ó diez regimientos suizos y un gran número de dálmatas bravos por naturaleza. Y por fin, dicho gobierno podía armar una flota de veinticuatro buques de línea, y su capital resultaba así inexpugnable.

Se vé que, por poco que Napoleón retardase sus movimientos, una parte de sus enemigos podía despertar de su estupor y hacerle retroceder en desorden hasta los muros de Alejandría. Es verdad que él se guardaba muy bien de infundir sospechas, y no ignoraba que el ministro de Venecia en París podía comprar todas sus cartas al Directorio.

Supo imponerse á los aliados dudosos como asimismo á sus enemigos, por la firmeza de su carácter. De todos los generales que la Revolución nos ha he-

cho conocer, ninguno hubiera sido capaz de mantener una tal conducta.

Después de la retirada de Beaulieu al Tirol, Napoleón dirigió toda su atención á Mantua; la poca artillería de sitio que el ejército de Italia había podido reunir estaba entonces ocupada contra la ciudadela de Milán y fué preciso contentarse con rodear á Mantua. Pero para llegar al fin, hasta de un simple bloqueo, era preciso apoderarse de Verona y del curso del Adige que son la llave de la posición (que debían ocupar las tropas encargadas del bloqueo). Todas las insinuaciones del proveedor Foscarelli, para oponerse á la marcha sobre Verona, fueron vanas. El 3 de Junio, Massena se apoderó de esta ciudad, situada á treintidós leguas de Milán, veinticinco de Venecia y dieciséis de Trento, que tiene tres puentes de piedra en el Adige y una buena muralla.

Si Mantua hubiese sido una plaza como Lille, el ejército de Italia no hubiera podido verificar á la vez el sitio y el rodeo, pero, por una feliz circunstancia y bien en relación con el pequeño número de soldados del ejército, los lagos pantanosos que constituyen todo la fuerza de Mantua no permiten á la guarnición salir de la plaza más que por cinco diques, de los cuales uno sólo, el de la Favorita, era en 1796, defendido por un fuerte.

Napoleón hizo atacar á la guarnición, la obligó pronto á entrar en la plaza y por medio de algunos reductos construidos en la extremidad de los diques, pudo, con cuatro mil hombres, impedir que doce mil soldados desfilasen por el lado del Pó. El rodeo de la ciudadela exigía también un cuerpo de cuatro mil hombres. Serrurier, general metódico, severo, firme y que no emprendía nada bajo su responsabilidad, fué encargado del bloqueo y del mando de este ejército de ocho mil hombres. Augereau, apostado en el bajo Adige, por el lado de Legnago, protegió el sitio.

eional de tres mil hombres que pronto se batió con bravura contra los austriacos (1).

Ferrara fué ocupada y una columna salida de Placencia penetró en Toscana. Estas demostraciones, acompañadas de toda la charlatanería conveniente, consternaron á la corte de Roma, que se apresuró á solicitar un armisticio, que fué firmado en Foliño el 24 de Junio. El ejército de Italia obtuvo la inmensa ventaja de tener una guarnición en Ancona, y no tuvo ya más miedo de ver á los ingleses desembarcar en ella con algunos miles de hombres, lo que bien hubiera podido cambiar por completo el aspecto de las operaciones.

Roma cedió las legaciones de Bolonia y de Ferrara y prometió una indemnización en metálico. Tan moderadas condiciones estuvieron muy lejos de agrandar al Directorio, pero no obstante, la poca experiencia de este cuerpo gobernante fué causa de una temeridad feliz.

Augereau se apresuró á volver á ocupar su posición protectora en el bajo Adige, después de haber dispersado á cuatro mil campesinos que los curas habían hecho sublevar en Lugo, (lo que estoy lejos de vituperarles, pues toda revuelta contra el extranjero invasor es legítima y constituye el primer deber de los pueblos).

Otros desórdenes del mismo género estallaron en los *feudos imperiales*, pequeños países enclavados en el estado de Génova, en la vertiente de los Apeninos que dá al Piamonte. Algunos campesinos de Novi y Bocchetta degollaban á los soldados rezagados. Lannes destruyó estas bandas y saqueó á Ar-

(1) Contestación á los parisienses que se mofan de la bravura de los italianos.

UNIVERSIDAD DE MONTENREY
BIBLIOTECA
ALFONSO...
1825 MONTENREY, MEXICO

IX

Bonaparte entra en Bolonia.—Armisticio firmado en Foliño.—Ocupación de Ancona y de Liorna.—Bonaparte visita al gran duque de Toscana en Florencia.

Cuando la retirada de Beaulieu en el Tirol, el rey de Nápoles tuvo miedo y solicitó un armisticio; Napoleón accedió gustosamente, pues era en interés de sus miras ulteriores.

El Directorio sentía por el Papa un odio infantil, que le incapacitaba para toda política, como lo probaron más tarde las necesidades y los desastres de 1799.

No obstante, precisa no olvidar que Bonaparte veíase en la necesidad de obedecer las reiteradas órdenes de su gobierno, por lo que se determinó á lanzar una columna móvil sobre Ancona, que llamaría enseguida al Mincio, si así fuese necesario. Pensó que Augereau podría, sin gran peligro, avanzar por el mediodía de Mantua hasta Bolonia.

El 19 de Junio de 1796, fué cuando Bonaparte llegó á esta ciudad, tan digna de ser un día la capital de Italia. La encontró instruída y enérgica; si toda la península hubiese estado en este grado de progreso, Italia sería hoy una potencia independiente y regularmente administrada.

Al llegar su libertador, Bolonia transportóse de alegría; organizó espontáneamente una guardia na-

quata, su cuartel general, cometiendo la debilidad de no tomar rehenes.

Napoleón no pudo negar al Directorio la ocupación de Liorna. Esta operación fué conducida con tanta presteza y tan secretamente, que sólo faltaron dos horas para que los franceses llegasen á sorprender en el puerto á veinte buques ingleses. Las tropas francesas olvidaron esperar, para ponerse en marcha, la aparición del viento de Libeccia. Se apoderaron de todas las mercancías y propiedades inglesas, lo que enriqueció á un número infinito de ladrones enviados desde París al ejército.

El gran duque de Toscana, Fernando, había observado la neutralidad, á la cual, el año precedente, se había obligado, con una buena fe de la cual todos los príncipes de Europa se creían dispensados hacia la República. También el general Bonaparte buscó ocasión de dar á este príncipe una prueba de consideración: fué á verle en Florencia sin hacerse acompañar por escolta alguna. No temía el tratamiento que hicieron sufrir, treinta meses más tarde, los húsares del archiduque Carlos á Roberjot y á los demás plenipotenciarios de Rastadt.

El general se dignaba explicarle, él mismo, que la posición de Liorna, considerable puerto de mar situado frente á Córcega, entonces en poder de los ingleses, hacía necesaria su ocupación para mayor seguridad del ejército francés.

Estaba comiendo Bonaparte en casa del príncipe, cuando recibió el correo que le llevaba la nueva de la rendición del castillo de Milán; la guarnición había capitulado el 29 de Junio. Tenía pues un parque de artillería para el sitio de Mantua. Abrióse la trinchera frente á esta plaza, el 18 de Julio.

Serrurier continuó en su mando; desgraciadamente no podía nada contra la imprudencia de sus soldados, extenuados por el abrasante calor de la jornada; era

el mes de Julio y estos jóvenes buscaban deliciosamente el fresco de la noche, por lo que enfermaban á centenares, en medio de los pestilentes charcos de Mantuán.

El ejército estaba en observación sobre el Adige y el lago de Garda. Massena, con quince mil hombres, formaba el centro en Rivoli y Verona; el general Sauret, con otros cuatro mil, estaba en la izquierda y ocupaba Salo, pequeña ciudad situada en la rivera occidental de aquel lago. La reserva, compuesta de seis mil hombres, se encontraba entre la derecha y el centro. Por último, Augereau, con otros ocho mil, formaba la derecha en Legnago.

Por esta posición, sabiamente calculada, el general en jefe, que se hallaba rodeado de enemigos declarados ó secretos, tenía la facilidad de reunir la totalidad de su ejército por medio de *movimientos concéntricos interiores* sobre ambas riveras del Mincio, según que el enemigo atacara por Salo ó por el valle del Adige; pues todo el mundo veía que dentro de poco el ejército austriaco ensayaría el socorro de Mantua.